

pintería y de yesería. Ya en el reinado de Isabel I, su presencia se va desvaneciendo progresivamente, apareciendo algún artífice de forma esporádica en torno a la fecha de 1492 y anotándose en los libros de Fábrica la última referencia en el año de 1495<sup>47</sup>.

Por el contrario, los judíos alcanzan una mayor representación en las décadas de los setenta y ochenta, desapareciendo radicalmente tras el fatídico Decreto de 1492. No trabajan en ningún aspecto constructivo, puesto que tampoco se puede hablar propiamente de una arquitectura judía, sino que su aportación se centra en la elaboración y venta de productos artesanales, como son la forja, la encuadernación o la confección de vestiduras. Sin olvidarnos, claro está, de la valiosísima importancia que tienen en la financiación de las obras.

Por último, cabe reseñar una cuestión que resulta muy significativa de la posición cristiana respecto a las otras religiones y es el modo en que se nombra en los Libros de Fábrica. La misión de estos Libros es registrar puntualmente todos los gastos derivados de las obras. Para ello, el mayordomo de turno hace breves pero exactas relaciones de todos los costes de jornales, materiales y objetos del templo. Esto permite reconstruir, en cierta medida, el proceso constructivo y las personas implicadas en él.

Normalmente, se especifica quién lleva a cabo el trabajo, empleando por lo general nombre y apellido, si son canteros o maestros, o sólo el nombre y el oficio que desempeñan, en el caso de los aprendices. Muchas veces se omiten nombres de peones o de operarios esporádicos. En cambio, cuando se refieren a mudéjares o judíos, excepto cuando se trata de los que adelantan fondos, no se les define de una forma civil, sino identitaria: primero se alude a su religión o raza y, luego, en algunos casos, se cita el nombre o el oficio: «vino un moro», «moro Roxo» o «judío vestimentero», por ejemplo. Este trato, distinto y no intencionado, revela que, tras la presunta equidad cristiana, se escuda una profunda conciencia de la diferencia que terminará imponiéndose, finalmente.

<sup>47</sup> A.C.Sg. Libro de Fábrica C-208. 15-IX-1495: «Mas di a un moro por mandado del señor dean por que fiço los andamyos para pintar a Marisaltos tres reales en xv de setiembre de xcvi xc»

## El itinerario del ejército castellano para descercar Gibraltar en 1333

MANUEL LÓPEZ FERNÁNDEZ  
UNED (C. A. de Algeciras)  
Instituto de Estudios Campogibraltares

### RESUMEN

### ABSTRACT

*Analizamos aquí con cierto detalle el itinerario del ejército de Alfonso XI desde Sevilla a Gibraltar para librar la plaza del asedio a que la tenía sometida el infante meriní Abu-Malik. Al llegar el ejército a Jerez, el rey de Castilla tuvo noticias de que la plaza se había entregado, lo que no impidió que el ejército prosiguiera su camino con la intención de recuperar Gibraltar. En el trabajo se estudian las dificultades político-militares que hubo de superar Alfonso XI, al tiempo que se hace referencia a ciertos topónimos bajomedievales que jalaban el camino y que, para sorpresa de muchos, todavía se conservan en muchos casos.*

*Here we analyse in detail the route of king Alfonso XI's army from Seville to Gibraltar to free the site from the siege under which the Moroccan prince Abu-Malik had it. When the army arrived to Jerez, the Castilian king received the news that the site had surrendered, nevertheless the army proceeded its way in order to reclaim Gibraltar. This essay deals with the political-military difficulties that Alfonso XI had to overcome, together with references to some late medieval place-names that marked the route and which, much to our surprise, still exist nowadays.*

### PALABRAS CLAVE

### KEY WORDS

*Alfonso XI, Gibraltar, Crónica, Libro de la Montería.*

*Alfonso XI, Gibraltar, Chronicle, The Hunting Book.*

### INTRODUCCIÓN

Al poco tiempo de ser reconocido como mayor de edad, pero todavía bajo la influencia de sus privados, Alfonso de Castilla inició una campaña militar en el verano de 1327 contra el reino de Granada que tuvo como consecuencia la conquista de

las plazas de Olvera, Pruna, Ayamonte y la Torre de Alháquime. Después de este triunfo el rey de Castilla se retiró al interior de su reino con la intención de solventar los problemas de orden interno que entonces se vivían en sus dominios y a solucionar sus relaciones con los reinos vecinos. Una vez superados los pendientes con Aragón y Portugal, el rey castellano volvió a tierras de la frontera y en la campaña de 1330 arrebató a los granadinos las villas de Teba, Cañete la Real, Las Cuevas y Ortejicar. Agobiado por esta presión militar que le llegaba de Castilla y no menos por la situación interna que soportaba en su reino, el joven rey de Granada —Mohamed IV<sup>1</sup>— acudió en persona a pedir ayuda al sultán benimerí Abu l-Hasan en septiembre de 1332<sup>2</sup>. Como consecuencia de este acuerdo entre granadinos y benimerines, no tardó en cruzar el Estrecho el infante Abu Malik acompañado de un ejército que las crónicas árabes y cristianas cifran entre cuatro y siete mil hombres<sup>3</sup>. A finales de febrero de 1333 le llegaron noticias al monarca castellano, que se encontraba entonces en Valladolid, de que el infante meriní había puesto sitio a la villa y al castillo de Gibraltar y que en la fortaleza quedaba poco trigo porque su alcaide, Vasco Pérez de Meyra, había gastado el dinero que recibiera para la defensa y mantenimiento de la plaza en la compra de ciertas heredades<sup>4</sup>.

Ante semejante situación y no pudiendo acudir en socorro de Gibraltar por las desavenencias con don Juan Manuel y don Juan Núñez de Lara, Alfonso XI dispuso que el almirante Jofre Tenorio socorriera por mar a los sitiados al tiempo que ordenaba a don Vasco Rodríguez de Coronado, maestre de la Orden de Santiago y Adelantado de la Frontera, que con la ayuda de las órdenes militares, de los concejos de la Frontera y algunos ricos-hombres de Andalucía fuesen a descercar el castillo del Peñón. Pero las cosas se complicaron porque los moros de Granada lanzaron entonces una ofensiva sobre algunas plazas fronterizas cercanas a Córdoba y se hizo necesario prestarle ayuda, motivo por el que los de la Frontera no fueron a socorrer a los de Gibraltar ni tampoco lo hizo la flota porque la de los musulmanes se lo impedía<sup>5</sup>. Una y otra situación la conocemos por las Crónicas y por una carta que el concejo de Sevilla envió al rey de Castilla, antes de mediados de marzo, pidiéndole que no desatendiera aquellas tierras y haciéndole saber que Gibraltar estaba emplazada para el «*sabado XIX dias de este mes de março*»<sup>6</sup>. Pero ni Gibraltar cayó ni Alfonso XI consiguió reconciliarse con los nobles rebeldes a lo largo de la segunda quincena de marzo; así que a primeros de abril, estando el rey

<sup>1</sup> El rey de Granada era cuatro años menor que el castellano ya que había nacido en 1315. Este dato lo podemos consultar en IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes de la Alhambra*. Traducción e introducción de José María Casciaro Ramírez. Granada, 1998, p. 106.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 101

<sup>3</sup> MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: *La intervención de los benimerines en la Península*. CSIC. Madrid, 1992, p. 223.

<sup>4</sup> Par más detalles sobre el caso consúltese: *Crónicas de los reyes de Castilla. Crónica del rey don Alfonso el Onceno*. (En adelante, Crónica) Biblioteca de Autores Españoles. Vol. LXVI. Ediciones Atlas. Madrid, 1953, capítulo CXV. También puede hacerse en: *Gran Crónica de Alfonso XI*. (En adelante, Gran Crónica). Preparada por Diego CATALÁN. Editorial Gredos. Madrid, 1976, tomo II, capítulo CXXXVI.

<sup>5</sup> Crónica, pp. 239-241.

<sup>6</sup> CANELLAS, Ángel: *Aragón y la empresa del Estrecho*. Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón. Zaragoza, 1946, documento n.º 6.

en Mayorga<sup>7</sup> y al llegarle malas noticias de Andalucía, decidió enviar cartas a todos los ricos-hombres del reino pidiéndoles que le acompañaran durante quince días para socorrer a los Gibraltar<sup>8</sup>.

A primeros de Mayo todavía estaba Alfonso XI en Valladolid tratando de solventar las dificultades que se le presentaban en los varios frentes abiertos, pero viendo que la situación se complicaba en el sur emprendió camino hacia Segovia y pasando por Madrid llegó a Toledo, desde donde envió cartas a Vasco Pérez de Meyra y al almirante Jofre Tenorio para darle cuenta de que ya se encaminaba hacia la Frontera. En Toledo parece que se unieron al rey de Castilla algunos señores dispuestos a seguirle en la empresa de socorrer a Gibraltar, entre los que no estaban don Juan Manuel ni tampoco el señor de Vizcaya. De Toledo marchó Alfonso XI a Villa Real —finales de mayo primeros de junio— y de aquí, pasando por Finojosa, Chillón, Fuenteovejuna y Azuaga —donde se le unió Pedro Fernández de Castro y veinte hombres de a caballo que venían de Galicia— siguió hasta Constantina, lugar en el que vino a sumarse a la comitiva real las fuerzas que acompañaban al noble aragonés don Jaime de Xérica. Dos días más tardes, don Alfonso entraba en Sevilla coincidiendo en la fecha de entrada con un nutrido grupo de nobles que se unieron a todos los que allí esperaban al monarca<sup>9</sup>. Además de las huestes de estos magnates fueron convocados a Sevilla todos los concejos de las ciudades y villas de la Frontera, aunque parece lógico que a Sevilla sólo acudieran los representantes, y no las fuerzas, de aquellos concejos cuyos efectivos militares pudieran unirse a la hueste en su camino de Sevilla a Gibraltar como podían ser los casos de Lebrija, Jerez y Arcos.

Desconocemos los efectivos que podían componer la hueste que el rey de Castilla convocó en Sevilla, y mucho menos las fuerzas que definitivamente se reunieron junto al Guadalete una vez que se incorporaron las de los concejos antes citados; pero existen razones más que sobradas para pensar que su número debía ser superior al que llevó Alfonso XI cuando definitivamente puso sitio a Algeciras en agosto de 1342<sup>10</sup>, ocasión en la que el monarca iba acompañado, según relata la Crónica<sup>11</sup>, por dos mil seiscientos hombres de a caballo y cuatro mil de a pie, in-

<sup>7</sup> Parece ser que el Domingo de Pascua fue aquel año e día 4 de abril. Así lo deducimos por la anotación que figura en la Gran Crónica, tomo II p. 29.

<sup>8</sup> Crónica, p. 245. Gran Crónica, p. 32.

<sup>9</sup> La Crónica cita entre los que acompañaban al rey a don Alfonso hijo del infante don Fernando —o sea, don Alfonso de la Cerda—, a don Pedro Fernández de Castro, a don Juan Alfonso de Alburquerque y a Martín Fernández de Portocarrero —al frente de los vasallos de su hijo Pedro—, Garcilaso —mayordomo de su hijo Sancho—, don Rodrigo Pérez Ponce, don Rodrigo Alvares de Asturias, Fernán Rodríguez de Villalobos, don Juan García Manrique y don Gonzalo de Aguilar. Entre los que le esperaban en Sevilla estaban: el arzobispo de la ciudad, los maestros de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, además del comendador de Setefilla al mando de los los hombres de la Orden de San Juan, don Luis el nieto del infante don Fernando, don Alvar Pérez de Guzmán, don Juan Alfonso de Guzmán, don Pedro Ponce —señor de Marchena—. Por otro lado, durante la estancia del rey en Sevilla llegó don Juan, hijo de don Alfonso de la Cerda que por entonces era vasallos del rey de Portugal.

<sup>10</sup> Si contrastamos los señores y los concejos que en ambas ocasiones acompañaban al rey, nos damos cuenta que las diferencias son mínimas. Véase en Crónica, p. 343.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

cluidos ballesteros y lanceros. Y no podía ser menor este ejército que acudía a descercar Gibraltar en 1333 por dos razones: la primera de ellas es que en los días finales de junio de 1342, cuando por primera vez intentó poner sitio a Algeciras, sus consejeros lo convencieron de que no iniciara el cerco porque «tenía poca compañía» con dos mil trescientos de a caballo y tres mil de a pie. La segunda razón en la que nos apoyamos para decir que este ejército no era menor que el de agosto de 1342 porque los castellanos no se hubieran aventuraron a penetrar en tierra de los benimerines sabiendo que a comienzos de aquel año habían pasado desde África, cuando menos, unos cuatro mil musulmanes para reforzar las tropas que tenían a este lado del Estrecho.

O sea, que no hay motivos para pensar que en 1333 el ejército de don Alfonso contara con menos de seis mil quinientos hombres, entre caballeros y peones, y más de tres mil bestias si a los caballos de batalla le sumamos aquellos animales que transportaban la impedimenta, ya sea a lomos o bien tirando de carretas. Por tanto, para desplazar de Sevilla a Gibraltar aquel contingente se debía elegir un camino con agua abundante y también con suficientes pastos para el ganado. Pues si entre hombres y animales podían consumir unos setenta y cinco mil litros diarios, no era menor el problema de la alimentación del ganado en unas circunstancias en las que se pretendería ahorrar el transporte de una voluminosa carga de paja o heno.

#### DE SEVILLA A JEREZ. LA FECHA DE LA ENTREGA DE GIBRALTAR

Aunque la resolución de los problemas logísticos y militares que podían ocasionar una ofensiva de semejante calado —penetrar profundamente en territorio enemigo y enfrentarse a granadinos y benimerines simultáneamente— debía estar en marcha desde bastante antes de la llegada de don Alfonso a Sevilla, todavía le llevó ultimar los mismos otros ocho días como se recoge en la Crónica, y no dieciocho como se dice en la Gran Crónica<sup>12</sup>. Y nos inclinamos decididamente por lo que dice la primera de estas fuentes porque, de ser como en esta última se dice, Alfonso XI no hubiese salido de la capital andaluza hasta el veintiséis de junio y en realidad esa noche el Rey acampaba con su ejército junto al río Guadarranque, como después veremos. Y también, porque existe un documento en el que el rey de Castilla envía a decir al concejo de Murcia que él salía de Sevilla el día dieciséis de junio<sup>13</sup>; o sea, ocho días después de su llegada a Sevilla. Así que tal y como se

<sup>12</sup> Gran Crónica, tomo II, pp. 37-38.

<sup>13</sup> El día catorce de junio Alfonso XI envía una carta desde Sevilla al concejo de Murcia disculpándole que no se incorpore al ejército para asediar Gibraltar por el costo que les supone, pero en contrapartida pide que por la fiesta de San Juan hagan una incursión de unos trece días de duración por el reino de Granada. La carta les fue enviada con Manuel Porcel, vecino de Murcia, y por tal razón informa al concejo que «...nos que salimos de aquí de Sevilla para ir recercar el nuestro castiello de Gibraltar miercoles XVI días de junio...». Véase así en GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*. Zaragoza, 1932, p. 602.

dice en la Crónica, el día dieciséis de junio Alfonso XI abandonó el Campo de Tablada —lugar donde se estaba concentrando el ejército que había de dirigirse hacia Gibraltar— y fue a dormir a la «Torre de los Herberos»<sup>14</sup>. Esta torre, también llamada «del Caño», de amplia repercusión histórica por asentarse sobre los restos romanos de Oripo<sup>15</sup> —en el antiguo itinerario de Cádiz a Córdoba— y ser muy citada en la Primera Crónica General con motivo del cerco a Sevilla en 1248, se encontraba a unos trece kilómetros aguas abajo del actual Puente de Triana y a unos tres mil ochocientos metros de la margen izquierda del Guadalquivir<sup>16</sup>. Puede resultar llamativo que anduviesen tan poco espacio el primer día, pero debemos tener en cuenta que en la primera hora de cada jornada de marcha<sup>17</sup> y en los primeros días de la misma —cuando ésta era larga—, se aprovechaba para solventar los pequeños desajustes iniciales del contingente y aquí se daba el caso que la hueste seguía haciéndose con provisiones o «talegas», motivo por el que parece que en las proximidades de la Torre de los Herberos durmió dos noches.

Cuando reemprendieron la marcha el día dieciocho sólo fue para desplazarse un trecho de unos ocho kilómetros más al sur y aproximarse a terrenos de marismas, pero sin separarse todavía de las márgenes del gran río andaluz, pues, según la Crónica, aquel día fueron a dormir —por lo menos el monarca y su séquito—, a los «Bodegones de Pasqual Rubio, cerca del Guadalquivir». Este punto de difícil localización para aquellos que desconocemos el entorno geográfico en que se sitúa, es conocido hoy día con el nombre de «Cerrado del Rubio» —ratificando con ello que en la toponimia aún perduran viejas reminiscencias cronística— y está situado dentro de la dehesa Marisma y Puntales siendo colindante con el Caño de la Vera, bastante cerca del núcleo poblacional de Adriano y perteneciente al término municipal de Dos Hermanas<sup>18</sup>. Cabe suponer que después de unos días de es-

<sup>14</sup> A partir de aquí, Crónica y Gran Crónica coinciden en los detalles del itinerario. Por tanto, seguimos a la primera de ellas y a la segunda sólo la citaremos cuando lo creamos necesario.

<sup>15</sup> ROLDÁN HERVÁS, José Manuel: *Itineraria Hispana*. Editan las universidades de Valladolid y Granada. Madrid, 1975, p. 254.

<sup>16</sup> Nos la sitúa con esta precisión HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, Félix: *El itinerario de Musa, de Algeciras a Mérida*. «Al-Andalus», n.º XXVI, 1961, pg. 72. Para más detalles diremos que sus ruinas se encuentran frente a Coria y a doce kilómetros de Dos Hermanas, a cuyo término municipal pertenece. Desde la torre, que se asienta sobre un promontorio de 12 metros sobre el nivel del mar, se debía dominar la amplia llanura que conforman las tierras situadas en la margen izquierda del Guadalquivir, en tiempos medievales más próximo a la torre de lo que hoy está pues existen referencias a la ubicación de esta última cerca de la «madre vieja» del río.

<sup>17</sup> En reglamentos militares, más o menos actualizados, todavía se sigue disponiendo que el primer alto horario en una marcha a pie o a lomo se dará a los quince minutos de iniciada y se aprovechará para ajustar equipos y atalajes. Así en: *Marchas y Estacionamientos*. Reglamento del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1979, p. 34.

<sup>18</sup> Esta puntual información se la debemos a Pedro Sánchez Núñez, cronista oficial de Dos Hermanas, que se dignó enviarnos un detallado mapa del término municipal de su pueblo además de abundante información extraída de su todavía inédita obra «Los nombres de dos Hermanas», y en la que se dice que en el Catastro de Ensenada se menciona «El Rubio» como a una finca de 112 fanegas de extensión y distante legua y media de Dos Hermanas. No podemos por menos que agradecer públicamente la ayuda recibida en nuestra búsqueda de datos. Si se quieren conocer más detalles puede verse nuestro artículo «La Torre de los Herberos y los Bodegones de Pasqual Rubio en las crónicas de Alfonso XI». «Revista de Feria de Dos Hermanas», 2005.

caso progreso itinerario se emprendiera una jornada más larga de las que hasta entonces se habían hecho y de esta manera llegar a las inmediaciones de la Sierra de Gibalbín —en el límite de las provincias de Sevilla y Cádiz— para lo que hubieron de cruzar el puente de las Alcantarillas y seguir el «arrecife»<sup>19</sup> que hacia Jerez discurría por un trazado próximo al que hoy tiene la N-340 y a cierta distancia de Cabezas de San Juan en cuyos términos todavía se conserva el significativo topónimo Arroyo del Arrecife<sup>20</sup>. En este tramo del camino entre Sevilla y Jerez no existen grandes ríos, pero sí abundantes lagunas como son las que todavía perduran en las proximidades de Las Cabezas y El Cuervo, especialmente la de Tollos, muy próxima al último de estos dos pueblos sevillanos.

Este cuarto día de viaje, diecinueve de junio, finaliza para el Rey en Lebrija. Sin embargo, para la mayor parte del ejército debió ser la laguna de Tollos el lugar de albergada. Porque no creemos que, aparte del séquito personal del monarca y quizás algunos de los grandes señores, la hueste acompañara al rey castellano en su visita a la villa de Lebrija. Lo creemos así porque como hemos visto en Sevilla y después se repetirá en Jerez, el Rey no era partidario de que la numerosa hueste se acercara a los lugares poblados por los problemas que tal situación podía acarrear a los vecinos, y también a los de la hueste. Al hilo de esto último no queremos dejar de recoger las palabras de don Juan Manuel en su «Libro de los estados» cuando el infante protagonista de su obra habla a Julio de cómo se debe conducir un ejército; dice don Juan al respecto, por boca del infante, que: «...*débese guardar señaladamente de posar en aldea o en lugar que no sea fuerte do haya mucho vino, porque las gentes que vienen cansadas, si mucho vino fallan non se saben guardar como les es menester et toman muchas vegadas por ello grandes yerros*».

De modo que, a tenor de todo lo anterior, lo más razonable es pensar que mientras don Alfonso pernóctaba en Lebrija, como recoge la Crónica<sup>21</sup>, el ejército quedara distribuido a lo largo del camino que, entre Cabezas de San Juan y Jerez, atravesaba el alfoz de Lebrija teniendo la Laguna de los Tollos como campamento principal. Como esta laguna se encuentra a veintiún kilómetros de Jerez, no debe sorprendernos que a mediodía del quinto después de abandonar Sevilla estuviese la hueste junto al río Guadalete sin pasar por la villa de Jerez<sup>22</sup>. Así pues, el día veinte de junio llegó el grueso del ejército que pretendía descercar Gibraltar a las orillas del citado río a su paso por las cercanías de Jerez, lugar señalado por el monarca para acampar. Sucede entonces algo llamativo si es que tenemos en cuenta lo relatado por las crónicas en lo relativo a las otras dos ocasiones en que Alfonso XI vino al campo de Gibraltar —entiéndase batalla del Salado y cerco de Algeciras— acompañado de su ejército<sup>23</sup>.

<sup>19</sup> Como es sabido la palabra arrecife viene del árabe «*arrasaf*».

<sup>20</sup> El Arroyo del Arrecife discurre al sureste de las Cabezas, paralelo a la actual carretera N-IV. Debemos y agradecemos esta información a Francisco Domingo Román Ojeda, un buen conocedor de la historia y tierras de Cabezas de San Juan, su pueblo natal.

<sup>21</sup> Crónica, p. 247.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> Debió hacerlo también en 1349, pero nada conocemos al respecto.

El curioso detalle al que nos referimos no es otro que la hueste no cruza el Guadalete cuando llega al curso de este río, sino que permanece en su margen derecha durante tres días. Como ésta es la única ocasión que el rey de Castilla actúa así en sus viajes al hoy Campo de Gibraltar, nos parece este detalle una prueba irrefutable de que con antelación se traía planeado seguir aguas arriba del Guadalete sin pasar por el alfoz de Medina Sidonia, tierras por donde cruzaba el camino de herradura que desde Jerez se dirigía a Tarifa. Por tanto, es lógico pensar que ya en Sevilla —dado lo apremiante de la situación— se había planeado seguir la vía que pasaba por Alcalá de los Gazules para luego tomar el camino más recto hacia Gibraltar, que no es otro que un trazado próximo al que actualmente sigue la A-381 o la más antigua N-440, tramo del itinerario en el que nos detendremos más adelante dado las peculiaridades del mismo.

No obstante, antes de continuar con más detalles del itinerario seguido entre el Guadalete y Gibraltar, debemos abordar otro tema como es el de la fecha de la entrega del castillo de Gibraltar al infante Abu Malik, punto éste que ha sido abordado por distintos historiadores que no coinciden en la misma<sup>24</sup>, ni concuerdan tampoco con la que nosotros creemos que realmente se produjo. Al hilo de esto último, comencemos señalando que en la Crónica se nos dice que una de las primeras cosas que hizo Alfonso XI al llegar a Jerez —para nosotros el veinte de junio según hemos expuesto—, fue enviar desde allí cartas al almirante Jofre Tenorio y al alcaide de Gibraltar informándole de su llegada a la ciudad. Después recibió a la esposa y al hijo de Vasco Pérez de Meira y a última hora de la mañana, o primeras de la tarde, fue a comer al campamento instalado a orillas del Guadalete. Allí convocó su Consejo para acordar los siguientes pasos a dar y fue entonces cuando le dijeron que hasta Gibraltar quedaban cuatro jornadas para el ejército; por tal razón le aconsejaron que se tomaran «*viandas*» para esos cuatro días y para dos o tres más, por si tardaban las naves que habían de llevarle por mar todas las provisiones necesarias para prolongar el asedio. Por semejantes razones el Rey aceptó permanecer un día más junto al Guadalete.

Pero al día siguiente —veintiuno de junio, según nuestra cuenta— ya bien avanzado el día, le llegaron noticias de su Almirante en las que le informaba «*que el avia enviado a Vasco Perez las cartas que el Rey le enviara, et que non avia avido respuestas ninguna dellas segun solian*»<sup>25</sup>. Avisaba también el Almirante que, observando como no se combatía en el Peñón, había enviado una galera para recavar más información y se había enterado por un «*moro ladino*»<sup>26</sup> que Vasco Pérez había llegado a un acuerdo con el infante Abu Malik para entregarle el

<sup>24</sup> Hernández del Portillo dice que Gibraltar fue entregado a los benimerines el día 18 de junio. Torres Balbás apunta que fue el 17 del mismo mes, y George Hills sigue al último citado. Por su parte, Manzano Rodríguez, en su obra antes citada «*La intervención*»..., p. 226, recoge las fechas dadas por varios tratadistas musulmanes y cristianos sin concretar nada al respecto. No obstante, señala este autor que ciertos historiadores islamitas indican que la fecha de la entrega fue el día veinte de junio.

<sup>25</sup> Crónica, p. 248.

<sup>26</sup> Debemos entender que el moro en cuestión hablaba el castellano.

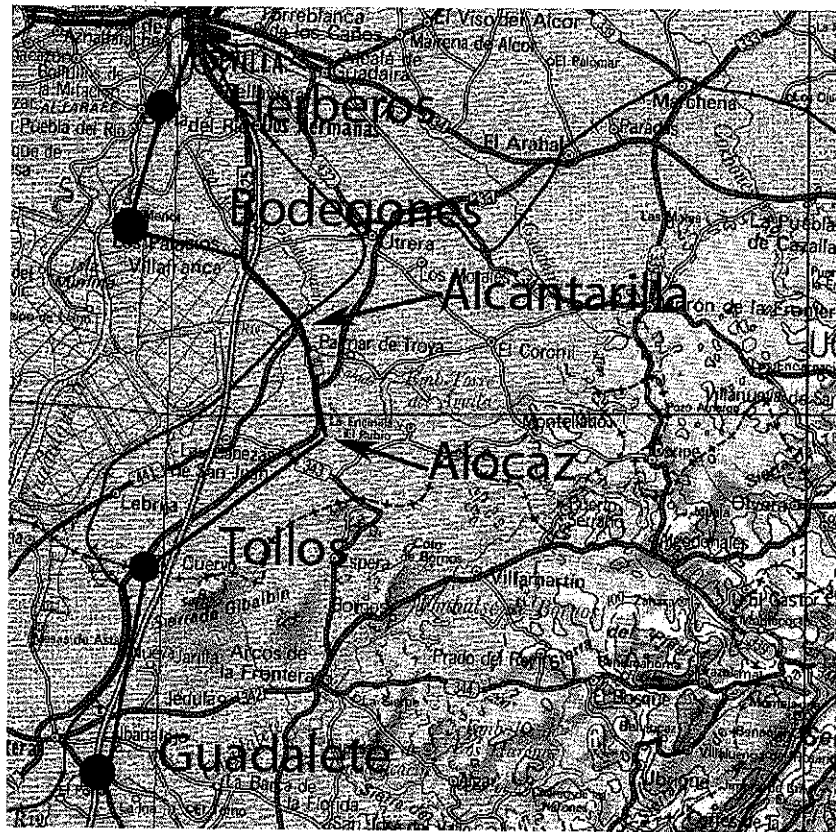


Fig. 1. Itinerario del ejército de Alfonso XI entre Sevilla y el campamento del Guadalete.

castillo ese día<sup>27</sup>. No debe sorprendernos que don Alfonso reuniera de nuevo su Consejo para decidir como actuar, lo que si nos llama la atención es que el rey tuviese respuesta a las cartas que había enviado al almirante Jofre Tenorio a las veinticuatro horas, o poco más, de haberlas enviado desde Jerez. Porque las cartas que envió el Almirante a Pérez de Meyra, según se dice en la Crónica, debían ser forzosamente las que el rey de Castilla envió a éste el día anterior y no las que mandó desde Sevilla antes de abandonar la ciudad; con menor probabilidad todavía podían ser aquellas que había enviado el monarca a los mismos destinatarios a lo largo de su itinerario desde Toledo.

Dada la serie de circunstancias que venimos observando, y sobre todo la rapidez de la respuesta del Almirante a las cartas del rey castellano, cabe pensar que desde Jerez y hasta contactar con la flota existía un servicio de mensajeros que daba fluidez a la información entre el almirante de la flota y la Corona; mensajeros

<sup>27</sup> Crónica, p. 248.

que podía cambiar de caballos en los castillos de Medina Sidonia o Benalup, y también en el de Tarifa, para cubrir con la máxima celeridad posible el espacio que media entre el Estrecho mismo y Jerez. Porque nada de extraño tendría que un servicio de postas más o menos estable se extendiera entre las tierras de la Frontera y Castilla desde el momento mismo que se complicó el asunto de Gibraltar. Pero para comunicarse con tanta rapidez con el almirante de la flota y con el alcaide de Gibraltar, el servicio de comunicaciones debía extenderse por tierra hasta un punto costero situado al este de Tarifa —tal vez la Ensenada del Tormo o la de Getares— donde los emisarios reales contactaban con alguna embarcación ligera de la flota, medio de transporte por donde finalmente llegaba la correspondencia real hasta los antes citados destinatarios.

De esta manera, los ciento veinte kilómetros que separan Jerez de la Ensenada de Getares podían hacerse en unas siete horas<sup>28</sup>, y quizás costara otra más en llegar navegando desde la Ensenada del Tolmo —y menos desde Getares—, hasta Gibraltar. Por tal razón nos atrevemos a decir, para el caso que nos concierne, que es factible el hecho de que a última hora del día veinte de junio de 1333 el almirante Jofre Tenorio tuviera en sus manos la carta que el rey de Castilla le había enviado esa misma fecha desde Jerez, antes de mediodía; y también es posible que a primera hora del día siguiente ya hubiese enviado a Vasco Pérez las dirigidas a su persona sin que recibiera respuesta a las mismas. Desde el momento que hubo luz solar pudo llamar la atención de la gente de la flota los sospechosos movimientos que se producían en Gibraltar y, de manera especial, el cese de actividad bélica entre los combatientes; por tal motivo el Almirante ordenó que una galera se aproximara a la costa llegando a enterarse los de la nave del acuerdo entre Vasco Pérez y Abu Malik. Concretando, resulta factible el hecho de los benimerines se prepararan para entrar pacíficamente en Gibraltar el día veintiuno de junio a primeras horas de la mañana y la noticia estuviera ya en conocimiento del rey de Castilla a primeras horas de la tarde, de esa misma fecha.

Alfonso XI, al conocer los nefastos acontecimientos, reunió a los hombres de su Consejo y después de muchas discusiones sobre la actitud a tomar ante la nueva decisión, se impuso la voluntad real de continuar hacia Gibraltar; pero no sin antes permanecer un día más en aquel campamento para tomar más «talegas» y ul-

<sup>28</sup> Quizás pueda sorprendernos el hecho de que un caballo sea capaz de superar un promedio de quince kilómetros a la hora durante siete horas seguidas, pero la realidad es esa. Para empezar diremos que Francisco GAGO-JOVER nos permite conocer una cita de «Atalaya de las crónicas» en el vocablo «trotón» de su «vocabulario militar castellano. (siglos XIII-XV)» -editado en 1992 por la Universidad de Granada- donde se dice: «... que quedase algunos días en el meson & toviese bien aparejados los trotones cauallos que trayan mal guarnidos enpero que tales era para andar treynta leguas en vna noche a trote tirado...». Sorprendido por el dato consultamos a la Federación Hípica Andaluza donde el vocal de «Raid» de la misma, Andrés Gómez Gabardino nos confirmó tal posibilidad y nos envió fotocopia de lo resultados de varias pruebas de resistencia. En dos de ellas pudimos ver que los caballos ganadores habían recorrido 80 kilómetros en 4 horas 15 minutos a una media de 18,87 K/H, y en otra se habían recorrido los 100 kilómetros en poco menos de cinco horas a un promedio de 19,77 K/H. Puntualizaremos al respecto que nuestro amigo Gómez Gabardino, al que agradecemos su colaboración, nos informó que los caballos aconsejables para este tipo de prueba debían estar en torno a los 450 kilos de peso.

timar los detalles sobre la operación. Y fue precisamente al finalizar aquel consejo cuando le llegó al Rey una segunda carta del Almirante en la que éste le confirmaba ya que el castillo de Gibraltar estaba en manos de los benimerines. Por todo lo que antecede, nuestra postura se inclina a defender la fecha del veintiuno de junio de 1333 como la de la pérdida de Gibraltar para Castilla después de su conquista en septiembre de 1309.

#### DE JEREZ A GIBRALTAR. EL «PUERTO LLANO» DE LAS CRÓNICAS

Así pues, el ejército de Alfonso XI estuvo acampado en la margen derecha del Guadalete, en las cercanías de Jerez, tres días consecutivos que se corresponden con el 20, 21 y 22 de junio. El día veintitrés por la mañana la hueste adoptó el orden de marcha que habían de mantener hasta Gibraltar y siguiendo por la margen derecha del Guadalete fueron a vadearlo por Torrecera —«vado de Sera» dice la Crónica<sup>29</sup>— lugar donde acamparon aquella noche<sup>30</sup>. El día veinticuatro continuaron su marcha hacia Gibraltar por la margen derecha del río Salado de Paterna —para aprovechar sus aguas y sus pastos en la medida de lo posible—, y siguiendo luego un camino paralelo a la actual carretera entre Paterna y Alcalá debieron cruzar el río Álamo para acampar en las vegas del Barbate, próximas a Alcalá de los Gazules, lugar donde pasaron la noche del día de San Juan tal y como dice la Crónica y se conoce documentalmente. Porque se da la circunstancia de que con fecha veinticuatro de junio en Alcalá —no creemos que fuese precisamente en la misma villa—, el maestro de la Orden de Santiago<sup>31</sup> y un buen grupo de comendadores toman el acuerdo de perdonar ciertas obligaciones a Juan Lopes si «*deste camyno do ydes connusco a descercar Gibraltar murierdes en qual quier manera...*». O sea, que documentalmente está probado que la hueste pernoctó la noche de San Juan en las proximidades de Alcalá de los Gazules.

Ahora bien, teniendo en cuenta que el día veinticuatro estaban en Alcalá, no es posible que el día anterior estuviesen en «*Patrite et Alverite*» tal y como se dice en la Crónica y en la Gran Crónica. Y no es posible porque Patrite y Alberite son dos ríos que discurren al sureste de Alcalá, a media distancia entre esta villa y la sierra que separa su término del Campo de Gibraltar. Patrite es todavía hoy una pequeña aldea al noreste de Alcalá y lugar por donde corre un afluente del Barbate llamado hoy día Rocinejo<sup>32</sup>, pero que es conocido también con el nombre de Patrite por discurrir su curso próximo a la aldea de la que toma nombre situada a seis kilómetros al este de Alcalá<sup>33</sup>. Por su parte, el río Alberite tiene su curso al este del

<sup>29</sup> Crónica..., p. 249.

<sup>30</sup> El topónimo puede verse en Mapa Militar de España. Escala 1:100.000. Hoja 6-23.

<sup>31</sup> AHN. OO. MM. Uclés, 92/7.

<sup>32</sup> El detalle puede verse en Mapa Militar de España. Escala 1:100.000. Hoja 7-23.

<sup>33</sup> Puede consultarse este detalle en cualquier mapa a escala 1:50.000. Si se desean más datos véase RAMOS ROMERO, Marcos: *Alcalá de los Gazules*. Edita la Excm. Diputación Provincial de Cádiz. Cádiz 1983.

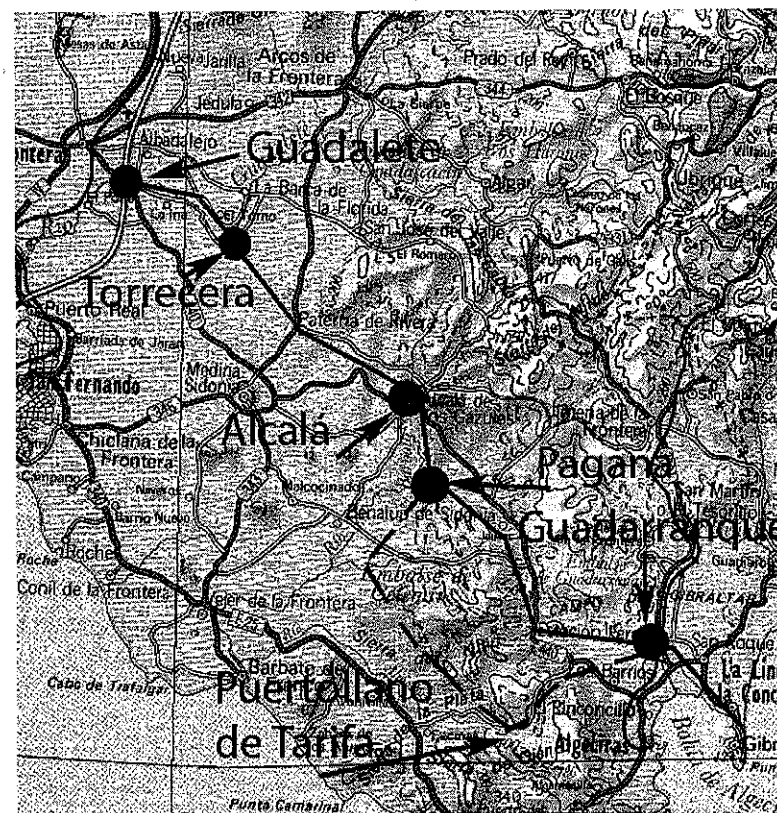


Fig. 2. El itinerario entre el campamento del Guadalete y Gibraltar se señala con trazo continuo. Con trazo discontinuo se marca el camino menos probable que pasaba por el Puertollano cercano a Tarifa.

anterior y vierte sus aguas en el Barbate un poco más abajo que el mismo Patrite conformando los tres ríos hasta no hace mucho tiempo las Vegas de Pagana —renombradas en las crónicas de Alfonso XI<sup>34</sup>—, a unos ocho kilómetros al sur de Alcalá de los Gazules y todo ello hoy día bajo las aguas del Pantano del Barbate.

Por todo lo anterior, no es posible que estuviesen un día más cerca de su objetivo y al día siguiente retrocedieran la distancia arriba indicada sin motivo aparente; circunstancia por la que debemos considerar que el cronista invirtió el orden en la marcha estando realmente en Alcalá el día 24, y acampando el día 25 en «*Patrite et Alverite*». Así pues, la progresión de aquel día fue escasa ya que una distancia de entre ocho y nueve kilómetros podía separar los lugares de acampada de los días antes citados. Se podía pensar a primera vista que no tenía sentido

<sup>34</sup> Lo hacen cuando en las mismas se relata la ocasión en que un ejército cristiano se enfrentó y derrotó al infante Abu Malik, después que éste había assolado una amplia comarca en la Baja Andalucía y retornaba con el botín hacia Algeciras.

levantar y asentar de nuevo un campamento para recorrer esta corta distancia, pero la verdad es que tal movimiento lo encontraremos razonable si tenemos en cuenta que era fundamental proporcionar cierto descanso a los hombres y a los animales en un lugar abundante en agua y pastos antes de cometer una larga jornada por tierras de musulmanes, como lo eran las existentes hasta su llegada a las proximidades de Gibraltar. Decimos esto porque, aparte del itinerario seguido, la Crónica es tajante cuando indica que al cuarto día de viaje se acampó ya en las proximidades del río Guadarranque, es decir, a unos diez kilómetros de Gibraltar.

Ahora bien, esa rotundidad de la Crónica con respecto a la ubicación de la acampada junto al Guadarranque contrasta con la ambigüedad de la misma a la hora de definir el itinerario seguido a lo largo del día veintiséis de junio. La Crónica no menciona ningún punto del camino entre las acampadas de los días veinticinco y veintiséis. Todo un día de marcha, como lo hace en otras ocasiones, lo resuelve el cronista con: «*et otro día paso el puerto, et fue a posar cerca del río de Guadarranque*». Por tanto, desconocemos el nombre del puerto que se cruzó aquel veintiséis de junio, circunstancia que nos hubiera ayudado a la hora de fijar el camino seguido entre las tierras de Alcalá de los Gazules y las tierras de Algeciras. No obstante, unas páginas adelante dice el cronista —cuando habla de las abundantes deserciones que se producían en el ejército castellano a consecuencia del hambre que pasaban en el istmo frente a Gibraltar porque no llegaba la flota con provisiones—, que el infante Abu Malik había situado<sup>35</sup> «*grandes compañías de su gentes, que guardaban el puerto llano por do avian a pasar la gente que iban de la hueste a tierras de Christianos: ca no avia otro lugar por do fuesen salvo los que iban e venian por la mar*». Al hilo de lo anterior y dadas las circunstancias, estamos obligados a pensar que los desertores tomarían de regreso el mismo camino que habían llevado hacia Gibraltar por serle conocido, aunque ellos no supieran en el momento de su huída que el estratégico paso estaba ya controlado por los musulmanes.

Entonces, ¿dónde estaba este «puerto llano» de la Crónica, paso obligado entre tierras de moros y cristianos?. La verdad es que en la toponimia actual sólo conocemos un lugar con este nombre y está situado en las proximidades de Tarifa sobre el antiguo camino que unía a esta última con Benalup y Medina Sidonia. Topónimo que viene a dar nombre a una llanada que desciende ligeramente desde dicho puerto hasta el curso del río Almodóvar, lugar este último donde se unían los caminos que venían de Tarifa y de Algeciras. Este «Puertollano» viene a citarse en el *Libro de la Montería* de Alfonso XI<sup>36</sup> y por tal razón llegamos a pensar en una ocasión que podía ser el «puerto llano» de la Crónica<sup>37</sup>. Sin embargo, al hacer un análisis más detallado de las circunstancias que se dan en torno al último topóni-

<sup>35</sup> Crónica, p. 253.

<sup>36</sup> ALFONSO XI: *Libro de la Montería*. Estudio y edición crítica por Isabel Montoya Ramírez. Universidad de Granada. Granada, 1992. pp. 708 y 709.

<sup>37</sup> Así en nuestro trabajo: *Los caminos y cañadas de Tarifa en los itinerarios de Alfonso XI*. «Aljarranda», n.º 53. Tarifa, 2004.

mo, llegamos a la conclusión de que no puede ser el mismo que se cita en el *Libro de la Montería*. Y no puede serlo por algunas circunstancias dignas de reseñar.

La primera de ellas es que de haber sido cruzado por la hueste en su camino hacia Gibraltar el trayecto recorrido por el ejército castellano el día veintiséis de junio hubiese sido de unos cincuenta kilómetros<sup>38</sup>, distancia excesiva a todas luces por el número de horas necesarias para recorrer este trayecto cuando venimos viendo que en los días precedentes el ejército no había superado los treinta kilómetros en ninguna jornada, una vez adoptado el orden de marcha que se dispuso a la salida de Jerez. Por otro lado, carece de toda lógica que el ejército abandonara el camino Jerez-Medina-Benalup-Tarifa en las inmediaciones del Guadalete para luego retomar lo otra vez después de cruzar el río Celemin y dando un rodeo innecesario cuando se llevaba bastante prisa por llegar a Gibraltar. La tercera razón para rechazar este itinerario es que a la vuelta de Gibraltar —como después veremos—, el rey de Castilla hizo noche en el citado «puerto llano» para llegar al día siguiente a Alcalá de los Gazules y continuar luego hacia Jerez. Esta circunstancia, suponemos nosotros, no se hubiera dado si este «puerto llano» hubiese estado en el más recto camino Tarifa-Benalup-Medina-Jerez, al menos que el Rey hubiese querido pasar expresamente por Alcalá para solucionar algún asunto, circunstancia que no recoge el cronista.

Así que apuntado cuanto precede queremos inclinarnos a pensar que el tanta veces citado «puerto llano» estaba en el camino más corto y recto entre Alcalá de los Gazules y Gibraltar. Por tanto, el camino no pudo ser otro que el de herradura existente hasta que se construyó el trazado de la antigua carretera N-440. Este camino que, para la hueste, suponía subir desde las vegas del Alberite siguiendo el curso del arroyo del Jautor hasta un puerto de montaña y bajar luego próximo al curso del río Palmones hasta llegar a las llanuras donde actualmente se asienta la población de Los Barrios es el que, a nuestro juicio, fue tomado en aquella ocasión por el ejército castellano en su ruta hacia Gibraltar. Y lo creemos así porque era el más corto de todos los itinerarios posibles —el tramo a recorrer desde el Alberite al Guadarranque no tendría más de treinta kilómetros—, y su recorrido es perfectamente viable en todo el trazado para un ejército medieval que tenían prisa por llegar lo antes posible ante los muros de Gibraltar y que había empleado ya tres días de marcha de los cuatro que le indicaron al Rey en su campamento del Guadalete.

<sup>38</sup> Tengamos en cuenta que de realizar este camino, después de acampar entre los ríos Patrite y Alberite, debieron enfilarse por el camino que desde Alcalá conducía hasta Tarifa y que cruzaba el río Celemin por la Pasada de los Arrieros (hoy oculta por un embalse), para seguir por el camino que desde Medina se dirigía a Tarifa y que habían dejado en Jerez. Este último camino cruzaba el río antes citado por la Pasada de Partida —unos dos kilómetros aguas debajo de la Pasada de los Arrieros— y enlazaba con el que venía de Alcalá junto al curso del Arroyo Juan de Sevilla para bifurcarse de nuevo, al cruzar el Arroyo Trimpancha, en dos ramales. Uno de estos ramales bordeaba la Laguna de la Janda y se dirigía a Tarifa por el Puerto de Facinas; el otro —el que nos interesa en nuestro caso— también se dirigía a Tarifa cruzando Puertollano, pero pasando antes por donde hoy se sitúan los cortijos de las Habas, del Aciscar y del Arraez y cruzar el río Almodóvar por la Pasada del Mojón. A unos tres kilómetros de esta pasada se desviaba hacia el Puerto de Saladavieja y el Puerto de Ojén los caminos que conducían a Algeciras y Gibraltar cruzando éste el río Palmones a la altura de Los Barrios.

Pero no queremos adentrarnos en la descripción de esta parte del camino sin antes decir que por ser la salida natural más directa y corta desde el Campo de Gibraltar hacia el Valle del Guadalete -a través de Alcalá de los Gazules-, quizá tenga más importancia histórica de la que hasta ahora se le ha venido concediendo. Para comenzar diremos —sin entrar aquí en su existencia o no en época romana, ni tampoco especulando sobre su relación directa con la batalla del Guadalete—, que su importancia parece estar vinculada a las relaciones político-comerciales existentes entre Córdoba y Algeciras. Como ya se sabe, estas relaciones fueron especialmente intensas desde tiempos de los primeros omeyas y resulta conocido que existía en Córdoba una «Puerta de Algeciras», lugar por donde salía el camino que conducía hasta las tierras del Estrecho<sup>39</sup>. La importancia de este camino, que en tiempos califales pasaba por Écija, Osuna, Morón, Sillibar, Arcos y Calsena —en un tiempo capital de la kora de Sidonia—, seguía por Alcalá de los Gazules y cruzando el río Alberite se adentraba en lo que es hoy el Campo de Gibraltar hasta llegar a Algeciras. Tal debía ser la importancia del camino en aquella época, que Arjona Castro llega a decir que éste era el recorrido habitual para llegar a Córdoba desde Algeciras<sup>40</sup>. Es posible que los tiempos de las Taifas y luego con la llegada de las dinastías africanas, rota ya la preponderancia y el centralismo cordobés, perdiera peso esta ruta en beneficio de otras que se dirigían desde el Estrecho a Sevilla. Y es posible también que a finales del siglo XIII volviera este camino a cobrar interés militar a causa de las incursiones de los benimerines hacia tierras cordobesas, pero lo que sí tenemos como seguro es su existencia en 1339 —seis años después de los sucesos que aquí analizamos—, al ser citado en la Crónica de Alfonso XI cuando ésta relata la retirada del infante Abu Malik hacia Algeciras después de haber saqueado una amplia comarca bajoandaluza, circunstancia que también se rememora en el «*Libro de la Montería*» al describir algunos cazaderos existentes en las proximidades del camino más directo entre Algeciras y Alcalá de los Gazules<sup>41</sup>. O sea, que no era este un camino desconocido ni impracticable para un ejército en 1333 a tenor de todo lo que venimos viendo; y es posible, aunque por ahora no podamos demostrarlo, que en fechas más recientes, tal vez fuese utilizado por la gente de Alcalá de los Gazules y Arcos de la Frontera cuando éstos acudieron presurosos a la llamada de Alonso de Arcos para que le ayudaran a tomar la plaza Gibraltar en 1462<sup>42</sup>.

Ahora bien, si buscamos el trazado de este viejo camino de herradura por las proximidades de la N-440, o de la más reciente A-381, no encontraremos ningún puerto que sea tan llano como para llamar la atención del cronista por esa caracte-

<sup>39</sup> ARIÉ, Rachel: *España musulmana (siglos VIII-XV)*. Historia de España dirigida por Manuel Tuñón de Lara, tomo III. Editorial Labor. Barcelona, 1984, p. 211.

<sup>40</sup> Véanse más detalles en ARJONA CASTRO, Antonio: *Andalucía musulmana*. Edita la Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1980, pp. 163-164.

<sup>41</sup> ALFONSO XI: *Libro de ...* p. 690.

<sup>42</sup> Para más detalles véase HERNÁNDEZ DEL PORTILLO, Alonso: *Historia de Gibraltar*. Introducción y notas de Antonio Torremocha Silva. Edita el Centro Asociado de la UNED. en Algeciras. Algeciras, 1994, pp. 89-91.

terística. Por tanto, debemos pensar que en 1333 el camino seguía otro trazado distinto al que ahora siguen las citadas vías de comunicación, o se eligió otra ruta para cruzar la intrincada orografía que separa las vegas del Alberite y las del Guadarranque. Por tal motivo quizá resulte interesante detenernos en clarificar esta parte del itinerario que nos ocupa, aunque para ello tengamos que abandonar las crónicas y recurrir de nuevo al «*Libro de la Montería*» advirtiendo previamente que era norma generalizada en las técnicas cinegéticas medievales el colocar las vocerías en los sitios más altos e irregulares de los cazaderos mientras las armadas se situaban en lo más llano de los mismos, lugar hacia donde se hacía correr a las presas facilitando así la labor de los cazadores. Dicho esto, pasaremos a describir un par de cazaderos entre aquellos que el Libro de la Montería sitúa en los montes de Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y Vejer de la Frontera<sup>43</sup>.

Se dice con respecto al primero de estos cazaderos que: «*La Breña de Macote es buen monte de puerco en todo tiempo. Et es la vna bozeria por vera de la breña del cabo de contra Celemín, como va dar al collado que sal a las navas; et es la otra bozeria por la vera del çerro que va aquende del Arroyo de las Cañas hasta do da al collado que sal a las nauas. Et es el armada en el abertura que uafaza el Arroyo de las Puercas*». No pueden existir dudas de que el cazadero de la «Breña de Macote» estaba en tierras de Alcalá de los Gazules porque muchos de los topónimos aquí citados aún perviven. Ni se puede dudar tampoco que su parte alta, donde se colocaban las «vocerías», estaba próximo a la divisoria de aguas entre las cuencas del Alberite y del Celemín —«*contra Celemín*», y que en el mismo había dos collados por donde se salía a unas llanuras, pues no otra cosa viene a decirnos la palabra «navas». Por otro lado podemos localizar, si consultamos un mapa actualizado y con suficiente detalle, que los topónimos Cortijo y Garganta de Macote están situados a levante de la Sierra de la Momia y a poniente de la Atalaya de Maldía, llegando a la conclusión que éste es el cerro donde se colocaba la otra vocería del cazadero que tratamos porque es el único «*çerro aquende del Arroyo de las Cañas*», —nombre este último que todavía recibe el río Palmone en su curso alto—.

Y todas nuestras suposiciones se ven confirmadas por la descripción del segundo cazadero que nos interesa. Se dice en el «*Libro de la Montería*» que: «*La Mata de los Moros es buen monte de puerco en todo tiempo. Et es la vna bozeria por la vera del çerro que va entre la Breña de Macote et el Arroyo de las Cañas; et la otra bozeria por la otra vera del çerro que va entre el Collado del Algabica et el Arroyo de las Cañas. Et es la vna armada en el collado que sale de cara a las nauas....*» Lo que sigue de la descripción del cazadero ya no nos interesa para nada; pero a estas alturas habrá quedado más o menos claro que el cazadero de la «Breña de Macote» estaba en la subida existente entre el río Alberite y la Atalaya de Maldía y que el cazadero situado precisamente sobre este cerro —el de la «*Mata de los Moros*»—, quedaba ligeramente a levante y más alto que el anterior.

<sup>43</sup> Libro de la Montería, pp. 689 y 690.



Pero a nosotros lo que nos llama la atención es que en la descripción de los anteriores cazaderos se hable de unos collados que salen a unas «*nauas*»<sup>44</sup> —así, en plural—, que no pueden ser otras que las llanuras conocidas hoy día como de Las Algámitas, topónimo citado en el segundo cazadero con el nombre de «*Algabica*». Pues bien, conocido todo lo anterior no inclinamos a pensar que estas llanadas no son otras que las existentes actualmente entre los términos de Medina Sidonia y Los Barrios separadas por el puerto de las Algámitas (170 mts. de cota), divisoria de aguas entre las cuencas fluviales del Celemín y del Palmones; llanadas que por otro lado están comunicadas con la cuenca del Alberite a través de varios collados dándose la circunstancia de que los situados más a poniente son los que enlazan Las Algámitas con la Garganta y Cortijo de Macote. Por tanto, el collado situado más a levante y donde precisamente se situaba una<sup>45</sup> «*armada*» en el cazadero de «*La Mata de los Moros*» recibe hoy día el nombre de Puerto de las Calabazas (280 mts. de cota).

Visto lo que precede, parecen existir razones de peso para pensar que la llanada que se extienden entre los puertos de las Calabazas y el de las Algámitas, continuada luego por otra que llega hasta el curso del Palmones (140 mts.), y una tercera conocida como Llano de la Venta que se prolonga hasta el Puerto del Escribano (160 mts.) por el sur, bien pudieran conformar el «*puerto llano*» de las crónicas ya que la pendiente media de este conjunto suavemente ondulado es del 2%, pues todo él tiene una longitud aproximada a los 6 kilómetros.

Desde luego, este lugar con agua, hierba y pastos, reunía todas las condiciones para que sobre el mismo se mantuviera durante algún tiempo una fuerza, como fue la musulmana de Abu Malik, que bloqueara el paso de los cristianos que pretendían cruzar la sierra por el camino que unía las tierras circundantes de la Bahía de Algeciras con las más norteñas de Alcalá de los Gazules; camino que continuaba luego hacia el curso medio del Guadalete, como antes hemos dicho. Circunstancia que retomamos ahora para indicar que esta vía, pero en dirección contraria, ya fue descrita por geógrafo almeriense al-Udri cuando dice que entre Calsena y Algeciras el camino pasaba por Sigonza (Gigonza), qarya Barid (al-Berite), Santa Ulaya (Santa Olaya), Fundaliq, y Balbish antes de llegar a Algeciras<sup>46</sup>. Como la Gigonza señalada debe hacer referencia a la fortaleza del mismo nombre situada dentro del actual término de Jerez de la Frontera y la alquería de Alberite debía estar próxima al curso del río del mismo nombre, puede resultar interesante detenernos brevemente en un documento de 1269 para conocer con más exactitud por dónde podía encontrarse la Santa Olaya que cita al-Udri. Deta-

<sup>44</sup> Como ya sabemos, la palabra «*nava*», de origen vasco viene a señalar una tierra llana entre montañas.

<sup>45</sup> La otra «*armada*» se situaba en una llanada situada sobre el «*Arroyo de las Puercas*». Como este arroyo es un afluente del Alberite se entiende que las vocerías presionaban a las presas por el Este y por el Oeste para que corrieran hacia el Norte —Arroyo de las Puercas—, o hacia el Sur —Las Algámitas—.

<sup>46</sup> Al-Udri: *Fragmentos geográficos e históricos de al-Masalik ila Gami al-Mamalik*. Editado por Abd-al-Aziz al-Ahwani. Madrid, 1965, p. 117.

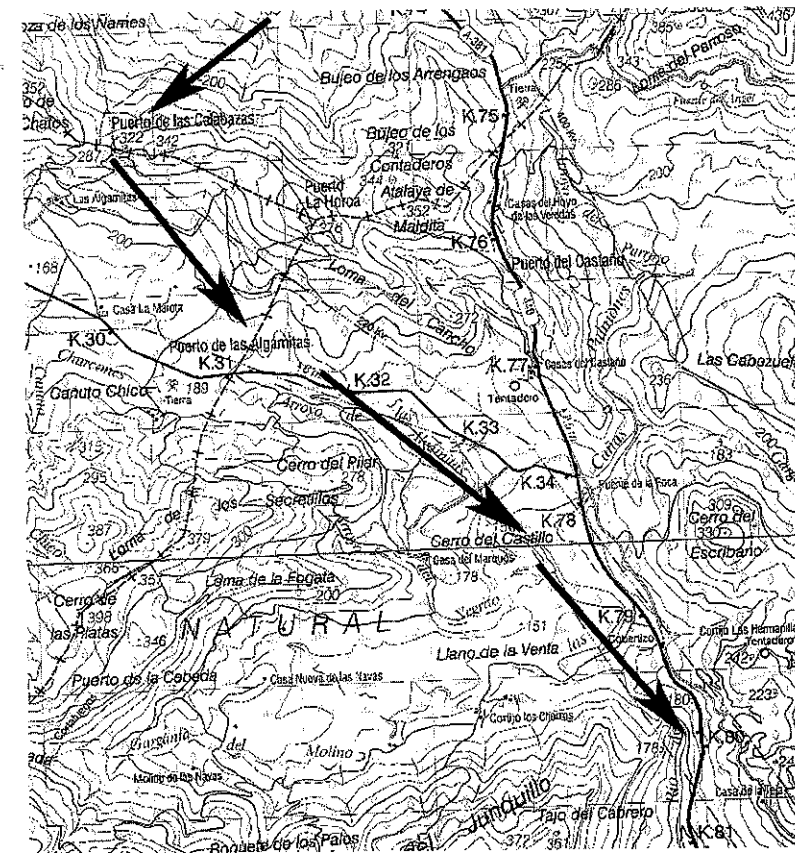


Fig. 3. Para nosotros, ésta debió ser la dirección de la marcha del ejército en junio de 1333 atravesando el «*puerto llano*» de las crónicas dejando la Atalaya de Maldía a su izquierda. Como se puede ver en la imagen, el Puerto de las Algámitas separa las cuencas del Celemín y del Palmones.

lle que podía ayudarnos en nuestra hipótesis de que el camino medieval pasaba a estas alturas ligeramente a poniente de por donde hoy discurren las actuales carreteras.

El documento al que aquí queremos referirnos no es otro que aquel donde se señalan los topónimos que delimitan los términos entre Medina Sidonia, Jerez, Vejer, Tarifa, Algeciras y Alcalá de los Gazules; en el mismo podemos ver que en las proximidades del Puerto de la Calabaza —ya citado así en el documento<sup>47</sup>—, existía un lugar que se conocía por la «*sierreceta que dicen los moros alcaria de Vebedume Santolaya*». Y como se da la circunstancia documental que la citada «*sierreceta*» estaba separada del Puerto de las Calabazas por un valle —que

<sup>47</sup> LADERO QUESADA, Miguel Ángel y Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ: *La población en la frontera de Gibraltar y el Repartimiento de Vejer (siglos XIII y XIV)*. Historia, Instituciones y Documentos. N.º 4. Sevilla, 1977. Apéndice documental, documento n.º 3.

puede ser nuestro «puerto llano»—, cómo no pensar que esta «*Vebedume Santolaya*» del texto que ahora seguimos es la misma «Santa Olaya» de al-Udri. Si así fuera la alcaría pertenecería al territorio de la cora de Algeciras y su ubicación la fijaríamos muy próxima al Llano de la Venta porque todavía existe por allí el topónimo «Chorros de Santa Olalla» y porque en sus inmediaciones existe un significativo «Cerro del Castillo»<sup>48</sup> cerca del cual podía pasar el camino que estamos estudiando, o tal vez uno de sus ramales.

Así, pues, nuestra opinión es que para afrontar el cruce de la barrera montañosa entre los valles del Alberite y del Palmones es posible que el camino se dividiera en dos ramales que bordeaban por el este y por el oeste el monte hoy conocido como Atalaya de Maldía. Esto es, pasarían los respectivos ramales por los actuales puertos del Castaño y de la Calabaza. Pero la bajada desde el Puerto del Castaño hasta el Llano de la Venta —que es la que ha prevalecido con el tiempo—, es mucho más abrupta que la que pasaba por el de la Calabaza; de modo que cabe la posibilidad de que, en la ocasión aquí tratada, la hueste que marchaba hacia Gibraltar cruzara por este último puerto y transitara luego por la suave bajada que sigue hasta el Puerto de las Algámitas para continuar después por lo que prácticamente es una planicie alomada, con el curso del Palmones como punto más bajo de la misma y a mitad de camino entre el Puerto de las Algámitas y el Puerto del Escribano. Luego, el ejército expedicionario debió descender hasta las vegas donde hoy se encuentra el pantano de Charco Redondo, sobre el mismo Palmones, y continuar con dirección a Gibraltar.

Ahora bien, lo mismo que defendemos el trazado de un ramal del camino medieval a poniente de la actual carretera N-440, defendemos también que a partir de su cruce con el Palmones el camino seguía la margen oriental de este río bajando hasta las vegas de la Polvorilla para pasar luego por Cucarrete, Casas de la Alcaría, Cortijo Manuela, Cortijo Bocanegra, y llegar a las proximidades del Guadarranque. Este debió ser el itinerario elegido para llegar lo antes posible al citado río y cortar así el aprovisionamiento que desde Algeciras se realizaba por tierra al castillo de Gibraltar.

#### DE GUADARRANQUE A GIBRALTAR Y BREVE REPASO AL CERCO

Todo apunta, pues, que el día veintiséis de junio y antes de la puesta del sol el rey de Castilla y su hueste debían estar acampados sobre las vegas del Guadarranque con las defensas de protección inmediatas instaladas. El lugar elegido para acampar, después de una jornada de marcha por tierras bajo dominio musulmán, reunía condiciones de descanso porque en él existía abundante agua y no faltaban

<sup>48</sup> Citamos por Cartografía Militar de España, escala 1:25.000, hoja 1074, cuarto I, Las Algámitas. Servicio Geográfico del Ejército, 1966. Debemos agradecer esta información al cronista oficial de los Barrios, Manuel Álvarez Vázquez, que nos proporcionó el mapa citado y nos hizo el comentario sobre la posible ubicación de la alcaría de «*Vebedume Santa Olaya*» cerca de las Casas del Marqués.

los pastos para el ganado mientras que, en lo relacionado con la seguridad, el curso del río les servía de foso defensivo para cualquier ataque proveniente del lado de Gibraltar y las colinas situadas al oeste como barreras frente a una posible incursión por la parte de Algeciras. Lo más probable es que acamparan entre Cortijo Villegas y la Pasada de Jimena, la más cercana a la desembocadura del Guadarranque localizada en el sitio por donde la vía férrea cruza hoy el citado río. Aguas arriba existían otras pasadas menos afectadas por la influencia de las mareas, así que como no sabemos en qué momento —pleamar o bajamar—, se encontraban éstas mientras cruzaban el Guadarranque a la mañana siguiente, no podemos excluir que se utilizaran otras pasadas más altas aunque tuvieran que remontar un poco el curso del río para facilitar la maniobra de vadeo. Maniobra que se complicó porque al amanecer los moros de Algeciras hicieron acto de presencia por el lado del río Palmones, aunque no parece que llegaron a enfrentarse con los castellanos aprovechando la delicada situación de éstos cuando los efectivos de los dos ejércitos debían ser muy similares<sup>49</sup>. Por tal razón el cristiano debió tomar las precauciones al uso ante la presencia del enemigo y avanzar despacio y muy reunidos para cruzar el Guadarranque por un lugar, o lugares, fácilmente vadeables. Por ello no queremos descartar que el grueso de las tropas cruzaran el río utilizando la Pasada de Alcalá<sup>50</sup> —a la altura de Venta de Gómez—, lugar alejado de la desembocadura donde no llega ya la influencia de la pleamar y el Guadarranque no pasa de ser un arroyuelo, sin que por ello dejaran desguarnecidos otros vados inferiores por donde pudieron cruzar luego las tropas que los habían defendido. Y también los musulmanes debieron tomar sus precauciones para no ser cogidos por sorpresa en esta maniobra de vadeo, porque sólo algunos de los más decididos se atrevieron a cruzar el Guadarranque en pos de los cristianos y hostigar a su retaguardia hasta el punto que a uno de ellos le costó la vida a manos de Gonzalo de Mesa, freire de la Orden de Calatrava.

Ordenó el rey de Castilla que nadie saliera de la formación y el ejército continuó su marcha hacia Gibraltar debiendo pasar por las proximidades de Torre Cartagena —en lo alto de la colina que domina las ruinas de la antigua Carteya—, y bajar hasta el estrecho valle por donde hoy pasa la carretera entre La Línea y San Roque para subir más tarde hasta las estribaciones de Sierra Carbonera. Estas estribaciones forman aquí una cadena de lomas que van descendiendo paulatinamente desde la sierra hasta Puente Mayorga y constituyen el último escalón orográfico en el camino desde Guadarranque hacia Gibraltar; una vez superadas las mismas, el terreno desciende suavemente hasta el arroyo llamado Cachón de Jimena cuyo curso bajo delimita hoy día los términos municipales de La Línea y de San Roque. Pues bien, suponiendo el rey de Castilla que se podía producir un ataque sobre la retaguardia cuando ésta abandonara aquellas lomas y los moros ocuparan el terreno más elevado, ordenó a los de la «*zaga*» que respondiera al ataque

<sup>49</sup> La Crónica, p. 249, dice que los musulmanes podían ser «*fasta seis mill caballeros*».

<sup>50</sup> Esta pasada estaba en el camino entre San Roque y Alcalá de los Gazules. Citamos por Cartografía Militar de España, hoja 1075 III, escala 1/25.000, editado en 1944.

si se producía y por ello les envió refuerzos antes de que bajaran de aquellas lomas y prosiguieran su camino hacia Gibraltar<sup>51</sup>. Y efectivamente, cuando «los Christianos que venian en la haz de la zaga comenzaron a descender su paso et asi como ellos comenzaron a descender su paso un pequeño trecho, los moros subieron luego encima de aquella Sierra Carbonera sus hazes puestas. Et desque fueron encima comenzaron a dar muy grandes voces, et descendieron el cabezo ayuso muy apresuradamente a ferir en los Cristianos».

Pero con antelación a este previsto encuentro, y aprovechando cierta ventaja que le ofrecía el terreno, Alfonso XI había ordenado otra maniobra con el fin de coger a los musulmanes por la espalda. Para ello había ordenado a los que constituían el flanco izquierdo de la hueste —gente de la Orden de Calatrava y del Obispado de Jaén—, que si los de Algeciras venían a pelar con los de la retaguardia «que los de aquella costanera saliesen por en derredor del cabezo de aquella Sierra Carbonera en que les tomasen la delantera». Como vemos, la maniobra consistía en un movimiento envolvente de manera que los musulmanes se vieran cogidos entre dos frentes —la retaguardia y los que se desplazaron del flanco—, pues la intención del Rey no era otra que cortarles la retirada tomado las lomas que habían dejado al iniciar el ataque contra los cristianos. Para ello —así se deduce de la lectura de este párrafo en las crónicas—, la gente de la Orden de Calatrava y del Obispado de Jaén debían salir de detrás de un cabezo para cogerlos por sorpresa, operación que requería el desplazamiento de estos efectivos hasta el cabezo en cuestión que debía estar situado entre las lomas de las que hemos venido hablando y Sierra Carbonera. Pues bien, se da aquí la circunstancia de que en estas estribaciones de Sierra Carbonera existe un montículo de 87 mts. de cota desde donde se domina las lomas próximas al camino y, lo más curioso, es que a este «cabezo» se puede llegar sin ser visto desde aquellas porque en estos parajes el curso alto del arroyo Cachón de Jimena está flanqueado hacia poniente por otra loma que impide la visión de aquel que camine por el cauce del citado arroyo. Hay que suponer, pues, que este oculto itinerario fue el que siguieron los freires de Calatrava y los del Obispado de Jaén para llegar a las espaldas mismas de los musulmanes de Algeciras cogiéndolos entre dos frentes hasta el punto de ocasionarles graves pérdidas según nos dice la Crónica<sup>52</sup>.

Pero no terminaron aquí las cosas ese día puesto que los castellanos, envaletonados por el resultado del encuentro, persiguieron a los musulmanes en su retirada hasta el Palmones a pesar de que el Rey les había ordenado que en la per-

<sup>51</sup> En la Crónica, p. 249 se cuenta así: «...Et los moros estaba a pos ellos atendiendo que descendiesen de la Sierra los de la zaga; et ellos que cobrarian la sierra et desde encima que farian espionada con ellos..... Otrosí envió mandar a los de la zaga que estudiesen quedos encima, et envioles en ayuda de los ricos-omes et caballeros que el tenia consigo, et mandóles que descendiesen de la sierra a su paso».

<sup>52</sup> Ésta lo cuenta así: «Et asi como los moros comezaron a descender aquel cabezo, el Maestre de Calatrava et los del Obispado de Jaen, que iban en aquella costanera, agujaron quanto podieron por aderredor del cabezo a tomarles la delantera. Et los moros subieron la sierra fuyendo, et toparon en los otros que le tenían tomada la delantera. Et quiso Dios que morieron y de los moros en aquella agujada fasta quinientos caballeros».

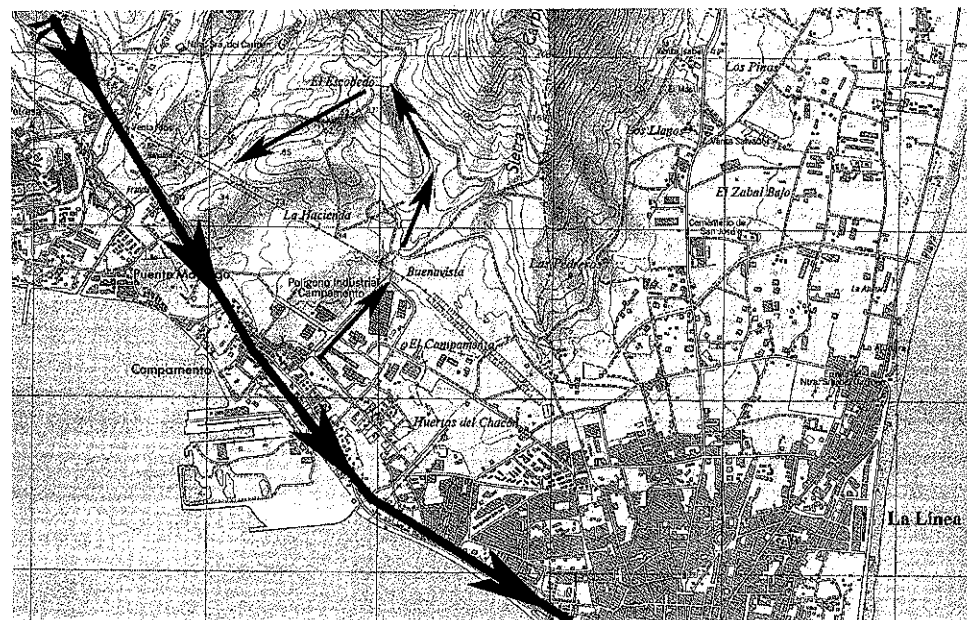


Fig. 4. Con trazo y flecha gruesa se señala el camino entre Guadarranque y Gibraltar. La dirección de la maniobra envolvente del flanco izquierdo se indica con marcas más delgadas.

secución no pasaran el Guadarranque. La situación se complicó entonces porque los de la vanguardia asentaban ya el campamento frente a Gibraltar cuando don Alfonso se vio obligado a enviar refuerzos de entre aquella gente a los que luchaban junto al Palmones, lugar donde habían sido frenados por los de Algeciras gracias a los apoyos que le llegaban de ésta. La gente que acompañaba al rey de Castilla tuvo dificultades para atravesar el Guadarranque porque la marea había subido; no obstante, pudieron llegar a tiempo —junto con los ballesteros de la flota—, para detener la contraofensiva que intentaban los musulmanes. Esta circunstancia y la llegada de la noche resultó decisiva para poner fin a la pelea que se había iniciado en las faldas de Sierra Carbonera en la mañana de aquel veintisiete de junio, fecha en la que a nuestro juicio llegaron los castellanos al istmo frente a Gibraltar<sup>53</sup>.

Las vicisitudes vividas por los sitiadores bien merecen un análisis más detallado y no es nuestra intención extendernos aquí, aunque puede que no esté demás indicar que ya hicimos una aproximación a ciertos detalles relacionadas con las mismas en el n.º 16 de *Espacio, Tiempo y Forma*. De todas maneras, no podemos sustraernos a decir que al día siguiente de la llegada de los castellanos frente a Gibraltar comenzaron las maniobras para cercar por completo el castillo y la villa. Para ello enviaron algunos hombres por mar hasta que éstos montaron una cabeza de puente al sur de la villa de Gibraltar. La ofensiva iba por buen camino, pero a consecuencia de los fuertes vientos de levante las naves con las provisio-

<sup>53</sup> Para más detalles sobre estos incidentes, véase Crónica, p. 249.

nes no acababan de llegar y los del campamento del istmo aconsejaron al Rey levantar las tiendas y volver sobre sus pasos. Esto fue lo que hicieron una vez agotadas las viandas y por ello, el día primero de julio, los cristianos levantaron el campamento dejando en el Peñón a los que cercaban la fortaleza por el sur. Dicen las crónicas que cuando se habían alejado una legua de Gibraltar y estando en consejo sobre si volver por los que allí habían quedado, vieron que las velas de las naves cristianas se acercaban por Punta Carnero a gran velocidad<sup>54</sup>.

Volvieron al lugar donde antes habían asentado y reiniciaron el sitio enviando refuerzos a los que estaban en el monte. El Rey hizo traer ingenios desde Tarifa, Jerez, Cádiz y Sevilla y los hizo subir, desmontados, por los acantilados del Peñón hasta situarlos cerca del castillo de manera que podían batirlo con facilidad. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en soplar viento de levante y estuvieron diez y seis días sin recibir provisiones de Tarifa, motivo por el cual mucha gente abandonó el campamento retomado el camino de vuelta. Para esas fechas, el infante Abu-Malik ya había colocado «grandes compañías de su gentes que guardaban el puerto llano por do avia a pasar las gentes que iban de la hueste a tierras de Christianos»<sup>55</sup>.

Así pasaba el mes de julio cuando, a finales del mismo, se presentaron a retaguardia de los cristianos las fuerzas del rey de Granada y del infante Abu-Malik. Los sitiadores de Gibraltar se convirtieron en sitiados hasta el punto de que se hubo de hacer una cava que atravesaba el istmo desde el Mediterráneo hasta la Bahía. El foso resultó efectivo a la hora de frenar los ataques de los musulmanes de Sierra Carbonera, pero comenzó entonces para los cristianos una difícil prueba de supervivencia ya que quedaron privados de leña para cocinar los alimentos de los hombres, así como de la hierba para el ganado. Lo curioso del caso es que no quedaron sin agua y esto fue por las especiales características del istmo, cuyas arenas podían filtrar el suficiente líquido para satisfacer las necesidades de los sitiados y de sus ganados. La muestra de ello es que el cronista no cita en ningún momento la escasez de agua a pesar de que allí se podían necesitar diariamente cerca de los cien mil litros si tenemos en cuenta el número de seres vivientes, y que por entonces corrían los días más calurosos del año.

La situación era en extremo complicada y parecía no tener buen fin. No obstante, la solución no tardaría en llegar porque ambos reyes llegaron a la conclusión de que en aquellas circunstancias no podían continuar por las dificultades logísticas que entrañaba para unos y otros, sin incluir que por la parte cristiana se tenía cumplida información de la complicada situación política que se vivía en el reino de Castilla por la ausencia del monarca. Así que no tardaron los reyes en encontrar los medios necesarios para entablar conversaciones de paz entre las partes implicadas e incluso llegar a un acuerdo con el que se puso fin a la conflictiva situación.

<sup>54</sup> Sin duda había entrado viento de poniente para que se dieran estas circunstancias. Punta Carnero está en la embocadura nororiental del Estrecho de Gibraltar y no se cita en las crónicas; Estas dicen que las naves «venían de contra Tarifa».

<sup>55</sup> Crónica, p. 253. Con anterioridad ya hicimos referencia a estos detalles.

## EPÍLOGO

Después de firmado el tratado de paz, don Alfonso recibió al rey de Granada y al infante Abu Malik en su tienda e intercambiaron valiosos regalos. Si conjugamos los datos de las crónicas con los que nos proporcionan Ibn Al-Jatib<sup>56</sup>, llegamos a la conclusión que la firma del tratado y la visita del rey de Granada al castellano se produjo el 23 de agosto de 1333. Al día siguiente comenzaron a desmontarse los campamentos, el rey de Castilla ordenó que las máquinas de guerra fuesen a Tarifa mientras el de Granada se desplazaba hasta el río Guadiaro y el infante Abu-Malik para Algeciras. El día 25 de agosto el rey de Castilla reemprendió la marcha hacia sus tierras y su primera albergada la hizo en el «puerto llano» debiendo llegar temprano para que la Crónica diga que «finco y aquel día todo»<sup>57</sup>, lo que da a entender que decidió esperar en este lugar a los más rezagados como se había hecho a la salida de Sevilla unos dos meses antes. Pero en la media noche del día 25 le llegaron noticias de que habían asesinado al rey de Granada en las proximidades de Guadiaro. Al parecer, los arraeces magrebíes del ejército granadino no le habían perdonado que pactara con el rey de los cristianos y cuando cabalgaba en un mulo que le había regalado el rey Alfonso cayeron sobre él, asesinandolo a primeras horas de la mañana<sup>58</sup>.

Muchos aconsejaron al rey de Castilla, ante la nueva situación y temiendo que Abu-Malik no quisiera guardar lo pactado, que abandonara inmediatamente el lugar y prosiguiera hasta Alcalá —no hacia otra villa del entorno—, donde podía llegar «antes que amaneciese»<sup>59</sup>, pero el Rey no quiso hacerlo así por las consecuencias que podía acarrear aquella precipitada huída para su propia reputación y para la seguridad de su gente. Después de esto último, y dejando al margen el gesto del rey de Castilla, nos parece a nosotros que el tantas veces repetido «puerto llano» debía estar más cerca de Alcalá de los Gazules que de cualquier otra plaza o fortaleza en poder de cristianos y por eso mismo no puede ser el «Puertollano» situado a unos trece kilómetros de Tarifa, que a su vez dista casi treinta de Benalup y cuarenta de Alcalá. Así que ante todo cuanto precede nos inclinamos a situar el famoso «puerto llano» en el actual término de los Barrios, como más arriba defendíamos, y a unos veinte kilómetros de Alcalá de los Gazules. Por tanto, no puede sorprendernos que el cronista nos diga, ya refiriéndose al día 26 de agosto: «Et desde fue amanecido et el día claro partio de allí, et fue su camino para Alcalá de los Gazules, et dende por sus jornadas hasta que llevo a Xerez. Et dende fue a Sevilla».

<sup>56</sup> IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes...*, p. 105.

<sup>57</sup> Crónica..., p. 258.

<sup>58</sup> IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes...*, pp. 104-105.

<sup>59</sup> Crónica..., p. 258.